





VUELO CORONADO

*Tercer bestiario poético
de aves de la Península Ibérica*



VUELO CORONADO

*Tercer bestiario poético
de aves de la Península Ibérica*

Poemas

MANUEL JUAN ARELLANO FERRER

Dibujos

SANTIAGO VALVERDE

CONCEJALÍA DE MEDIO AMBIENTE

AYUNTAMIENTO DE MOTRIL

2015

VUELO CORONADO

©Edición

ÁREA DE MEDIO AMBIENTE
AYUNTAMIENTO DE MOTRIL

©Textos

MANUEL JUAN ARELLANO FERRER

©Dibujos

SANTIAGO VALVERDE

Diseño y maquetación,
FRANCISCO JAVIER PÉREZ PÉREZ Y GRUPO BARATARIA

ISBN: 978-84-88191-83-0

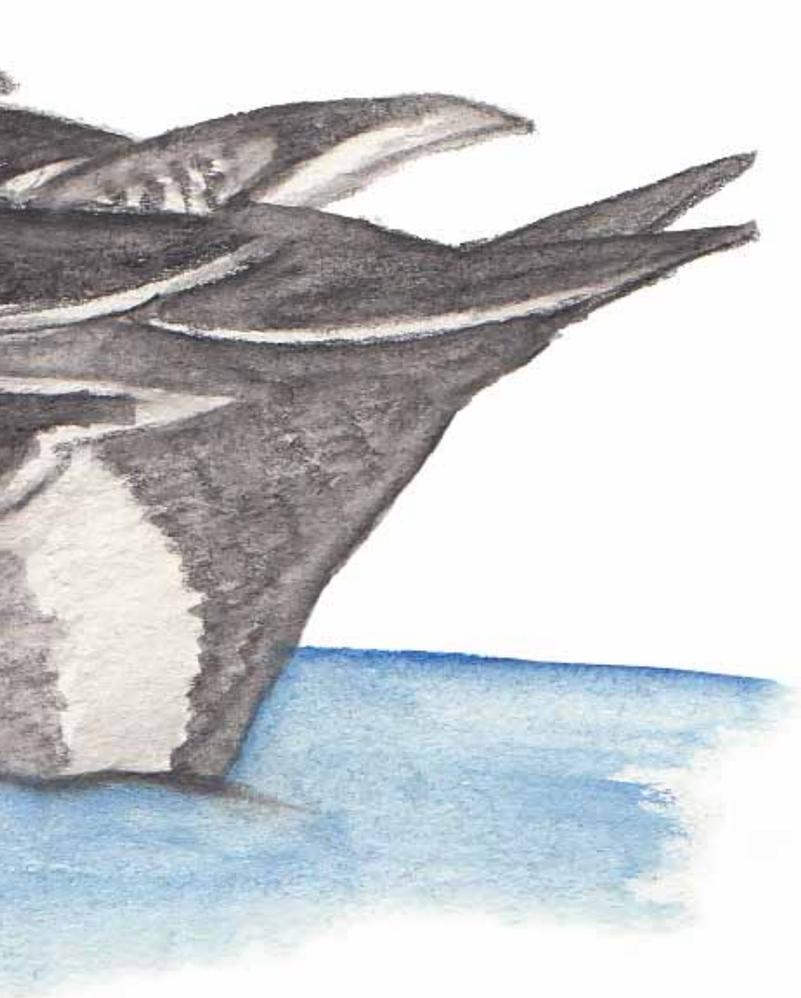
Depósito Legal: GR-

Imprime:
IMPRENTA COMERCIAL (MOTRIL)

A mi Padre
Post funera virtus vivit



«Las letras son colorín, pingajo y hambre»
VALLE INCLÁN (*Luces de Bohemia*)



Índice

Prólogo [15] **Águila culebrera** [15] Azor [15] Lechuza [18] **Aguilucho cenizo** [15] Halcón abejero [15] **Quebrantahuesos** [18] **Águila** [15] **Aguilucho lagunero** [15] Busardo ratonero [15] **Cernícalo primilla** [15] Águila pescadora [15] **Carraca** [15] **Búho campestre** [15] **Búho chico** [15] **Autillo europeo** [15] **Alimoche común** [15] **Águila-azor perdicera** [15] **Paloma torcaz** [15] **Bengalí rojo** [15] **Pinzón real** [15] Rascón [15] **Milano real** [15] Alcotán europeo [15] **Águila imperial ibérica** [15] Mosquitero papialbo [15] **Verderón serrano** [15] Martinete [15] **Curruca sarda** [15] **Garcilla cangrejera** [15] **Herrerillo capuchino** [15] **Curruca mosquitera** [15] **Collalba gris** [15] **Bisbita campestre** [15] **Ánade silbón** [15] **Ánade real** [15] **Cerceta común** [15] **Gavilán común** [15] **Garceta común** [15] **Zarcero común** [15]

Presentación

A veces las ideas son una cuestión inseparable de las imágenes. Atisbar en un instante cómo pasa un ave a gran velocidad, y plasmar su imagen en un boceto emborronado por la mina y la goma, es una experiencia maravillosa para aquellos que tanto disfrutamos con la identificación y el posterior espionaje que ejercemos en sus emplumadas vidas.

Las imágenes se pueden transformar en palabras y a éstas darles ritmo y entonación para hacerlas agradables. Es, como dije en una ocasión, otra forma de verlos.

Admirarlos desde una perspectiva romántica, sin rifles, sin sangre y también sin telescopios ni prismáticos.-No está mal ser comodón de vez en cuando.

Este tercer libro lo he titulado "Vuelo coronado" porque en él aparecen una importante cantidad de rapaces ibéricas, y una

de las formas en que las águilas presentan toda su majestuosidad es precisamente así, cuando las podemos ver en vuelo coronado prendidas en el cielo.

Los personajes de este libro nos cuentan su vida por medio de las impresiones que han causado en la mía. Es decir, probablemente les haya arrancado una pluma a cada uno de ellos para que esta acabe por escribir sus propias intimidades sin mi permiso.

Durante el proceso de creación de este libro han soplado muchos vendavales, y con ellos volaron personas cruciales, que moldearon con el paso de los años lo que hoy soy.

No es casualidad que haya terminado estas páginas el día señalado al final del texto, ni que entre las águilas asome una pequeña y gris curruca. Sin embargo, las aves siguen volando sustentadas por el viento y aquí por el papel.

En este tercer bestiario el planteamiento ha sido algo diferente a los dos anteriores

en los que había realizado una profunda investigación mitológica, junto a un pormenorizado estudio de nombres vernáculos desde la antigüedad clásica hasta nuestros días. En la presente edición, las especies representadas se tratan, como decía Apuleyo en el "Asno de oro", despojadas de toda la ropa, batiendo sus alas y mostrándonos su plumón y sus plumas.

De esta forma, cada uno podrá verlos por donde los caminos de la imaginación los lleve en el blanquecino cielo de estas página

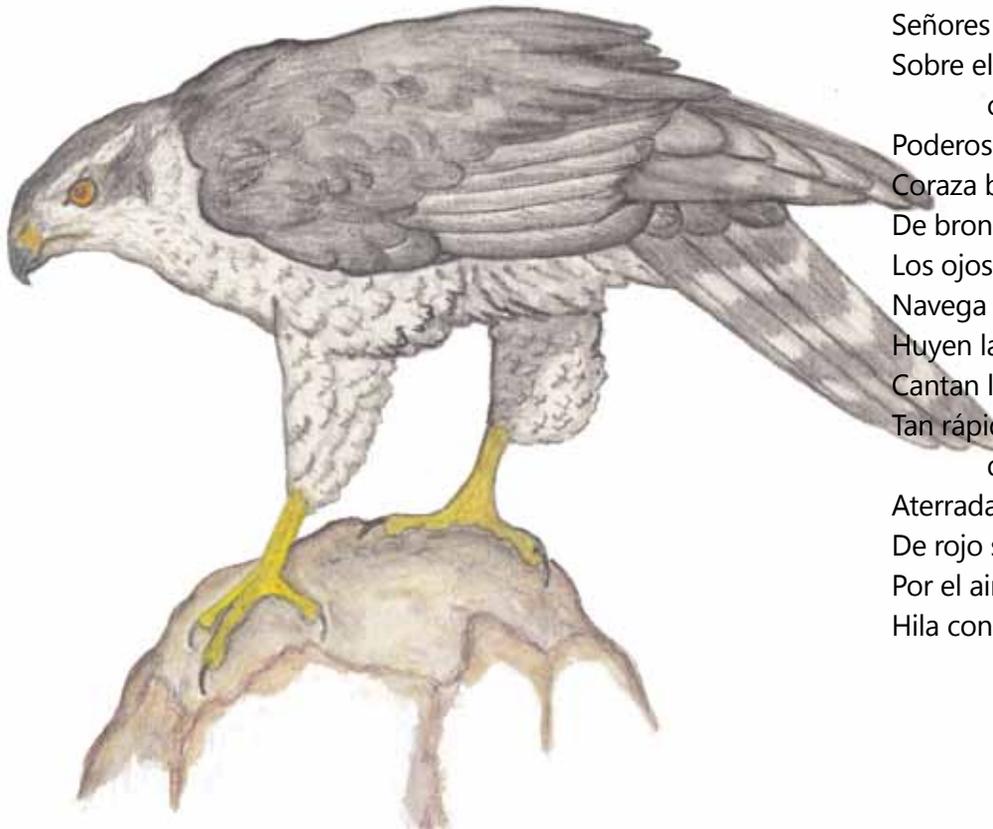
Manuel Juan Arellano Ferrer



Águila culebrera

He visto el ámbar de tus ojos
cernido sobre los vientos ascendentes.
Tu impenetrable quietud
junto a las recalentadas laderas.
He visto escapar el siseo del escenario.
Fue en la vega. Sí en la vega.
Allí miles de azucarados dedos
te señalaban con los pies
hundidos en el grisáceo fango.
Tú hacías círculos en el cielo,
como un voy y vengo, pero no me quedo.
He soñado la nieve moteada de tus alas.
He soñado con tu vuelo de pájaro,
y en un enorme cielo partido
sujeto por inmensas columnas.
He creído que el arco de tus alas
unía invierno con verano.
Ojalá la brisa te pose delicada
sobre la enorme y recortada cima
para que sea uno de los nuestros.

Azor



Aún no es tiempo de otoño, mas llueven hojas
doradas.]

Doradas de frío temprano, de gentil bosque,
de agua.]

Señores montan corceles con pihuelas encintadas.
Sobre el brazo cuero y guante. Sobre el guante
cuero y garra.]

Poderosas son las grebas que sujetan a las patas.
Coraza blanca en el pecho y del pecho moteada.
De bronce son los cuchillos y las alas son de plata.
Los ojos van encendidos y en el corazón la llama.
Navega por entre troncos, por espinos y retamas.
Huyen largas las orejas bajo la tierra asustadas.
Cantan los cascabeles, ya la flecha es lanzada.
Tan rápida como el Céfiro. Como pluma
de borrasca.]

Aterradas las raposas, leporinos y torcazas.
De rojo se tiñe el suelo y en el suelo la hojarasca.
Por el aire va sonando el olor de la matanza.
Hila con viento de seda el Azor y la guadaña.



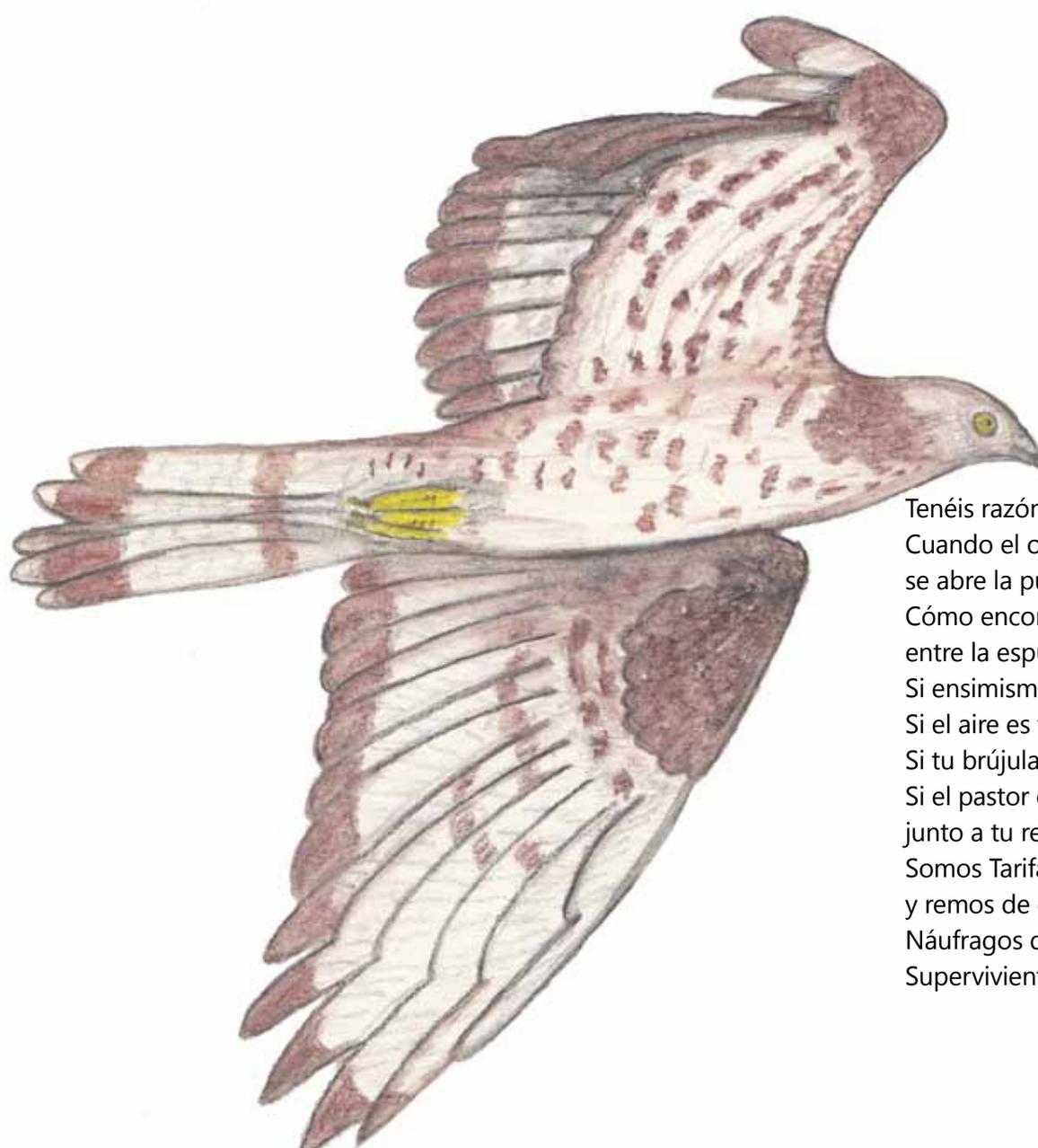
Lechuza

Crónica de brujas de torreón
escrita con mágicas plumas
bajo insomnio de tinieblas.
Silencioso venablo de saetera.
Ojos de sereno. Linterna.
Malagüera. Lecytusa. Lechucha.
Sed de aceite de lucerna.
Más vales que los diez gatos
que el labrador alimenta.
Fantástica amamantadora
sobre los niños de teta.
Lechuza de seis pulgadas.
Leonada, pardas grecas.
Diosa de la sabiduría.
Griego búho de Minerva.
Silbas al ponerse el sol
cuando la lluvia se acerca.
Mas si fuese medianoche,
es que la calma regresa.



Aguilucho cenizo

Arden los trigales de amapola.
Los pollicos lloran de plumón
encañados a la sombra.
Volad que el escorpión avanza
por caminos de espiga degollada.
Levantando polvo, escupiendo cañas.
Cálido el aire se levanta.
De las cenizas resurge el aguilucho
entre secas nubes de paja.
Queda mucho por andar
entre el viento de tus alas.



Halcón abejero

Tenéis razón. Migrar es huir del hambre.
Cuando el otoño se despereza
se abre la puerta del sur.
Cómo encontrar tu destino
entre la espuma copuda del bosque.
Si ensimismado vuelas.
Si el aire es tu vocación.
Si tu brújula señala con arpones de avispa.
Si el pastor es el viento que campaneas
junto a tu rebaño emplumado.
Somos Tarifa con ojos de arena
y remos de ceniza tostada.
Náufragos de levantes y ponientes.
Supervivientes en un mar de cielo y aves.



Quebrantahuesos

Una vez terminado el círculo dantesco.
Una vez mezclada la carne con la carne.
Cuando el monte vela gris espectro y
la vida es naufragio desolado y quieto.
Suplica el aire desnudo al viento,
arcilla, plomo y fuego de gypaeto.
Estirpe de dos sangres. Susurro y recuerdo.
Barbado vigía. Barquero de muertos.
Si el cielo enciende los ojos
y la nube levanta el vuelo.
De la vida ya nada queda.
De la muerte ni los huesos.



Águila real

Puede que conserves de Júpiter el rayo sobre
tu garra.]

Tal vez seas madre de Phtah, el dios verdadero
que a Isis, Osiris y Horus diera el aliento.
Quizá los augures cristalinos sigan sin tregua
tus movimientos en el cielo de un imperio.
O por desgracia seas polvo de piedra y remedio.
Puede que las cavernas sean para ti fecundos senos.
Tal vez el hombre te preserve soberana la memoria
de penumbrosos bosques, llanuras y amargos
desiertos.]

Quizá nos rindamos bajo tan alto vuelo.
O por desgracia gravites sobre humanos ya ciegos.
Todo tiene un destino altivo, o un vacío quieto.
En el cielo del águila la piel es el tiempo.



Aguilucho lagunero

Libélula de chocolate. No hay sed bajo la sombra
de tus alas.]

Marjales y praderas guardan silencio. Ni los ojos
respiran.]

Miedo a ser un alma ahogada que renacida
se torne ángel de plumas sobre el éter.

Hay muerte en las garras suspendidas del naufragio.
Tres años tardaste en pintar tu libra de ante.

Dos en ser el grácil enamorado que, en simetría
de ave,]

exhibe galante sus marcas cefálicas de ocre mineral.

Cuan incompleta estaría sin ti aquella laguna,
aguilucho.]

Que triste sin tu silbido alto y suplicante.

Cuantos demonios de plomo y veneno pisan
desafiantes el húmedo cañaveral que enseñoas.

Vulgares reyezuelos en tu eterno vuelo coronado.

Busardo ratonero

No debe ser fácil quemar una nube.
Ni de ella formar los arqueados planos
que maullan sobre las tierras de labor.
Que hermosura quedarse colgado, inmóvil
en el viento que perfila tu estructura.
Quién pudiera pintar la cera de tu pico
y trazar negras y afiladas garras
engarzadas en tus dedos amarillos.
Sabes congelar la sangre bulliciosa
de quien vive tunelando pastizales y calveros.
Sabes perseguir las aves, las serpientes,
los insectos.]
Vuelas y ellos saben, diminutos, que sus vidas
son segundos encorvados y ciegos.



Cernícalo primilla

Hoy no ha llovido sobre la vidriera del cortijo.
Hierven las rojas tejas de vino.
Frente a la puerta de madera astillada
serpentea la carne bajo el reino del trigo.
Delicadas hoces asoman blancos los cuchillos.
De roca y viento gravitan cernícalos.
Hoy llega tarde el apolillado rebaño.
Hoy no levanta el polvo del camino.
Sobre la espuma azul de pájaro
se ocultan del insecto los oídos.





Águila pescadora

Acaso es un castigo de los dioses ser la sal volátil.
Si el castigo es bueno, todo es bueno.
El cielo es camino y el agua alimento.
Debes dejar afianzarse al cantil de tu sueño
las huellas que abandonaste abatida de veneno.
A veces sucede lo inesperado, el regreso.
El mar volvió a serlo junto al río y el venero.
El cielo recogió tu vuelo y olvidó el lamento.
No hay suprema potestad que no permita
en toda la tierra el renacer de tu vuelo.
¡Oh Pandión!
Aguzad peces el ingenio dormido,
que de lejanas cimas la pescadora ha vuelto.



Carraca

Ya está la memoria azul posada en el oteadero.
Desnudo el aire, erguido,vivo, brillante y pleno.
No existen estridencias entre los árboles huecos.
Ni paz entre anfibios, reptiles o insectos.
A tu pareja regalas la belleza del cortejo;
llamativos ascensos,las caidas, los planeos.
Áspero reclamo da nombre a tu género.
Crías y tus críos vomitan como enfermos.
Vuelas y vuelas sobre la edad del centeno.
Tus idas y venidas son ausencia y destierro.



Búho campestre

La vega herida mira con ojos amarillentos,
el humedal los bordea de un halo negro.
Negro de azúcar perdida en el tiempo.
Caes como caen las cañas, hacia delante,
sin miedo.]

Vuelas alto con el chasquido de banderas
al viento.]

¿Quién puede hallar tu rostro entre el fuego?
¿Quién tu cuerpo gravitar como dulce recuerdo?
Azote de roedores sobre campos de brezo.
Conjuro de sílabas implacable y siniestro.
Tal vez sea tarde para una vega en silencio.
Pero nunca lo será para tu rostro sereno,
navegando por regiones de agua y de cielo.



Búho chico

Dudo de que el bosque tenga oídos de pluma.
O que dos gotas de ámbar estén al acecho.
No creo que los troncos ocráceos del taraje vuelen.
O que el viento zigzaguee sin tocar las ramas.
¿Cómo es posible que marzo engendre la vida?
¿Por qué el hambre mata a las fauces de la noche?
¿Quién habla entre escalofríos con tétrica voz?
Que pocos saben de ti, Asio. Ni espero saberlo.
Estás más cerca que las palabras escritas.
Más oculto que el destino en sus cárceles.
Próximo a las ventanas cerradas de nuestros ojos.



Autillo europeo

Inmóvil como un tiempo desatinado lates bajo
el follaje.]

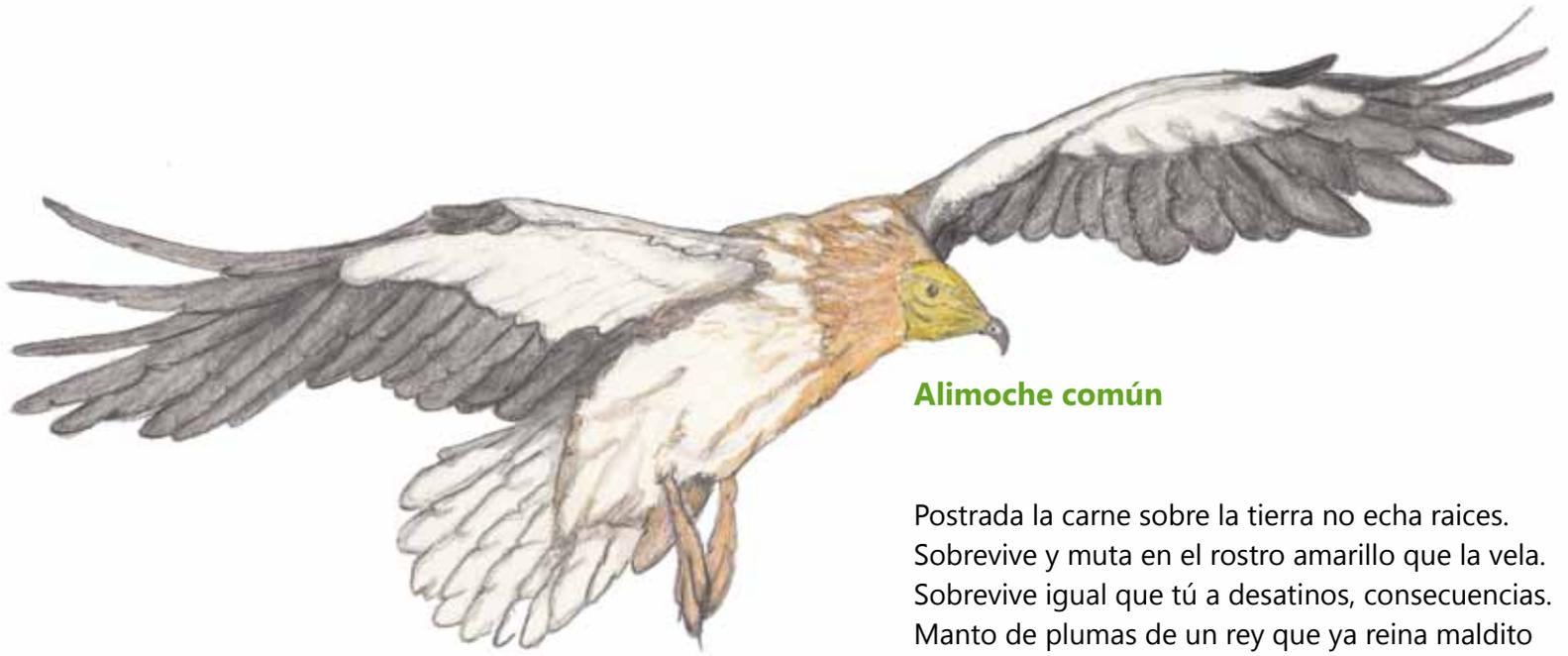
Una piedra desnuda. Una barrita rayada
y vermiculada.]

No hay destellos de tu voz bajo la luna mojada.
Ni se quebra el viento entre tus alas mudas.

Sombra precavida. Reflejo de brillante quitina
atrapado entre livianas y aceradas pinzas.

No te quejes es primavera, ya cantan los parteros.
Abren sus huecos los olivos, las encinas,
los enebros.]

Ahora comienza tu danza en el aire suspendida.
La luz se vuelve blanca, los ángeles polillas.
Ahora comienza tu danza de humo, de rastro y
ceniza.]



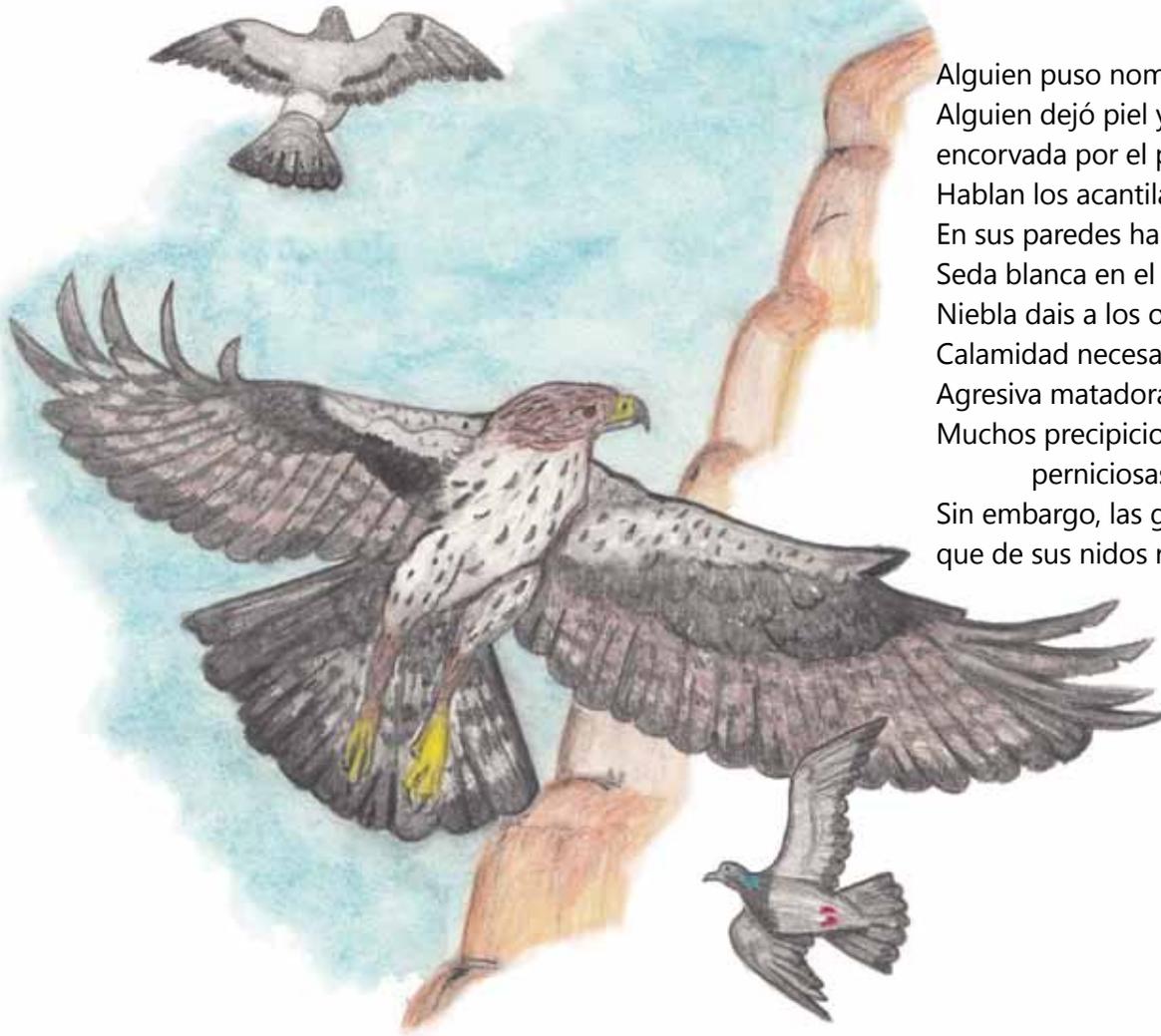
Alimoche común

Postrada la carne sobre la tierra no echa raíces.
Sobrevive y muta en el rostro amarillo que la vela.
Sobrevive igual que tú a desatinos, consecuencias.
Manto de plumas de un rey que ya reina maldito
sobre despojos y miserias y muerte y placentas.
Cuantos mataron por matar y defender a sus
piezas.]

Quedaron los acantilados, las paredes y las
praderas.]

Bañado por la lluvia donde la vida se crea.
Por hercúleas columnas cual fuste te balanceas.
Atraviesas los tejidos, las embravecidas mareas.
Caminar no es suficiente, ni tropezar con la piedra.
Ingeniosa piedra tenaz, obstinada y terca

Águila-Azor perdicera



Alguien puso nombre al miedo y alas a la memoria.
Alguien dejó piel y hueso bajo la pluma flexora,
encorvada por el peso que en el aire se desploma.
Hablan los acantilados y tiemblan las piquirrojas.
En sus paredes habita una pareja de sombras.
Seda blanca en el pecho, hilos de vasija rota.
Niebla daís a los ojos que a tus garras asoman.
Calamidad necesaria de gusano a mariposa.
Agresiva matadora de conejos, perdices y palomas.
Muchos precipicios sobrevivieron a ruinas
perniciosas.]

Sin embargo, las grietas esperan reproductoras
que de sus nidos renazcan poderosas cazadoras.



Paloma torcaz

Hace tanto tiempo que los ríos dejaron el cielo.
Que las nubes de pluma no dan sombra
a los quercus.]

Ya no llueven ilusiones de caza ni trombas
naturalistas.]

Miramos hacia arriba y todo es cálido y azul cielo,
donde apenas se ven estrellas que vuelan ajenas,
al hambriento orden preestablecido por la nada.
No es tiempo de que Roma cebe a la cenicienta
ave de vinoso y reluciente pecho.

Seguid así, rompiendo el aire con el vigor de alas.
Huid veloces del plomo sangrante mientras nieve.
Nieve sobre las oscuras grietas de las encinas.
Que la primavera vuelva a mojar la hierba
de arroyos.]

Que la monotonía de tu canto despierte
al hombre]

con un fuego infatigable con aromas
de bosque eterno.]



Bengalí rojo

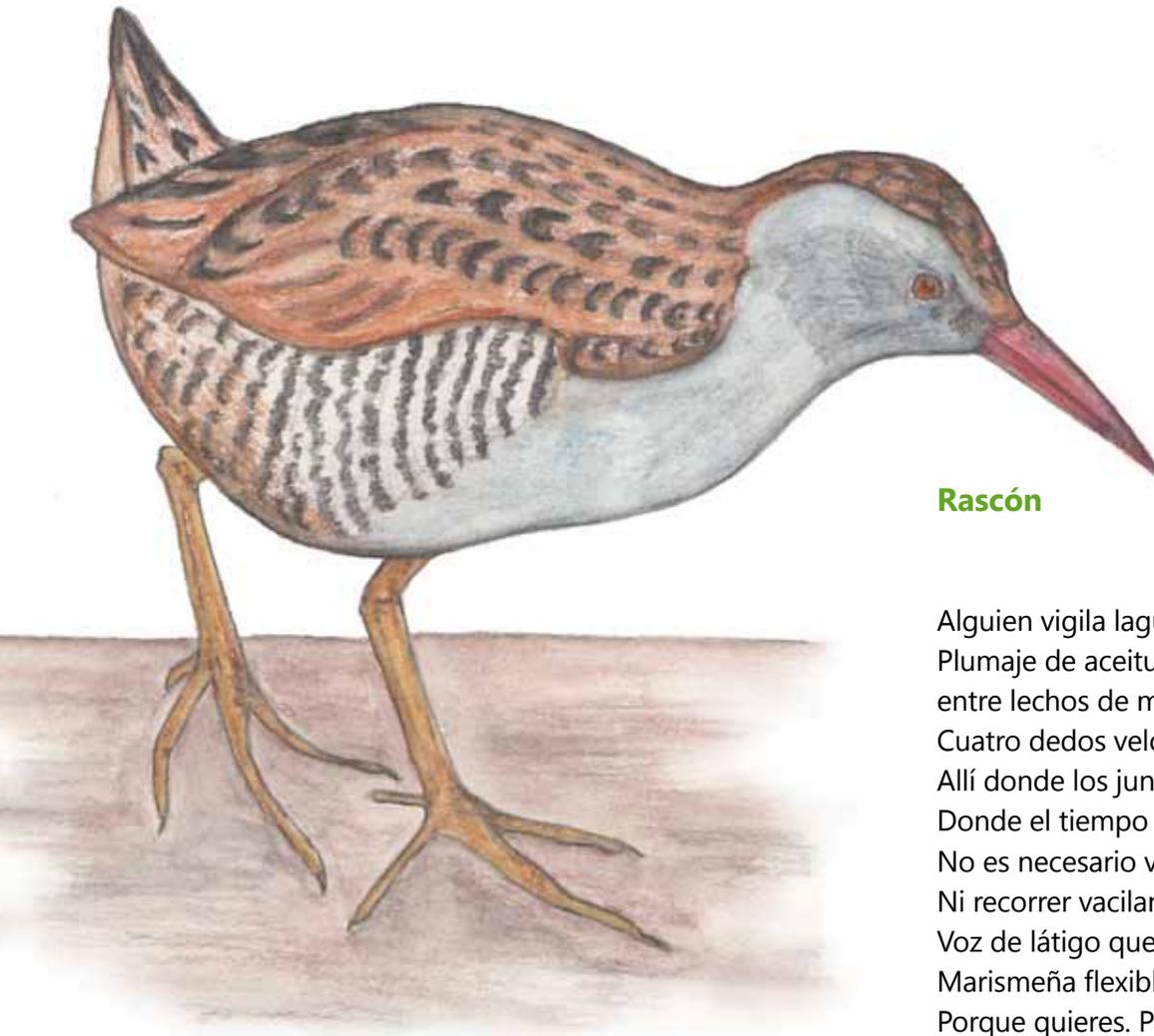
A veces la vida da sorpresas.
Olvidamos el cambio.
La sinrazón da la razón.
Rosas rojas brotan tras naufragios.
La humedad del río.
La caricia del viento.
La naturaleza deja huecos
donde las ordenanzas prescriben.
A veces el viento reparte carmesí.
Pechos oxidados. Picos rojos.
Gorjeos suaves y agudos.
Recuerdos de indias.
Porque el mundo es patria
y sois libres de escoger.
Porque la paciencia es fértil.
¡Quedaos donde os de la gana!



Pinzón real

Cambias como cambia el paisaje en invierno.
Te recuerdo despojado de tu manto negro.
Sin anaranjadas marcas sobre el hombro,
sobre el pecho.]

Con el cálido tono que da la pluma a tu cuerpo.
Ligero entre los troncos de encinares y hayedos.
Entremezclado con otros que se parecen sin serlo.
Cuando el campo es de hielo y el hambre alimento.
Mientras abedules sueñas, recuerdas el tiempo.
Murmurando reclamos, entrecortando vuelos.
Vuelves y persigues destinos de veranos norteños.
Si algo te empujó al sur, tal vez regreses de nuevo.



Rascón

Alguien vigila lagunas armada de rojo estilete.
Plumaje de aceituna que parpadea oculto
entre lechos de mimbreras de corazón hueco.
Cuatro dedos veloces crujen las secas espadañas.
Allí donde los juncos peinan el agua y la sosiegan.
Donde el tiempo es nube erizada de cristal.
No es necesario volar siendo dueña del surco.
Ni recorrer vacilante el viento que veloz huye.
Voz de látigo que propaga la furia del trueno.
Marismeña flexible de costado blanquinegro.
Porque quieres. Porque eres el latido del silencio.
Aquel que llama a la huida desde refugios secretos.

Milano real

Sois como los atardeceres pardorrojizos
que descienden sobre la copa de los árboles.
El vuelo ágil y boyante de una campana
que sube y baja como un párpado enamorado.
Sois un ala tricolor pintada en el cielo.
La ahorquillada cola que ara los vientos.
Un aflautado silbido que mece al jaguarzo.
Aquel aficionado al despojo del enterrador
que, no obstante prefiere la estridencia del ave,
lomos de conejo, los devueltos cadáveres.
Sobre los toros de las tierras bajas.
Sobre los verdes alcornoques y cerros.
Para nacer no es mal nido. No.
La negra caligrafía del cuervo





Alcotán europeo

En aquella batalla volaron hoces.
Hoces que silbaban frenéticas.
Recuerdo el huir de los vencejos
crepitando como ascuas ardiendo.
En aquella batalla siempre temiendo
a la garra oscura, sombra del viento.
Recuerdo golondrinas de barro
asomar tímidas su cuerpo.
Y a las mareas de insectos
como granizo de invierno.
Pasó en un segundo
aquel rayo de acero.
La silueta arqueada.
Incendio pizarra, cuchillo, hierro.
La noche se erizó de gato.
Los árboles de silencio.



Águila imperial ibérica

Suena la música que da luz a la mañana.
Despiertan estepas, llanuras y marjales.
Altanera como arcángel poderosa planea.
Resplandeciente, solitaria, indolente y guerrera.
La de nevados hombros y dorada cabellera.
Eres alada frontera de la envidiosa iberia.
La orilla borrosa del románico pirineo.
La pálida frontera de las columnas de Hércules.
Horizonte de pluma que apuñala corazones.
Poco a poco deshecha a golpes de hacha.
Aún así persistes inconfundible y coronada.
Paciente arrancaste las alambradas de invierno.
De sur a norte abriste del camino lo estrecho.
Huiste furtiva de las miradas del necio.
Que el horror de ayer sirva hoy de maestro.



Mosquitero papialbo

Qué pocos. Qué solitarios. Diminutos pasajeros
de la hoja caduca, de los pinares secos.
Discreto el paso, grisáceo, redondo y sereno.
Desearía mirarme en el verdor de tu vuelo.
Vagar por las rutas de otoños e inviernos.
Anidar junto a ti los árboles, en el suelo.
Ocultarme en las sombras de oscuros rebolledos.
Alimentarme contigo sobre frutales y huertos.
Ser como tú, borroso, difuso y tierno.
Saber distinguirte cuando dominas el reino.
¡Qué suerte haber estudiado latín!
¡Qué edificante la música, el solfeo!
E cantu cognosquitur avis.



Verderón serrano

Cascos, tablas, bastones, cañones, urinarios.
Sí. Además cruje la nieve como pompas de plástico.
Acentores alpinos mendigan exentos de pudor.
Los piornos se apartan para no morir atropellados.
Lajas de pizarra asoman, tímidas, su vergüenza.
La epidermis alpina tiembla encadenada.
En límite inflexible del cementerio blanco,
un chal gris tenuemente listado y verde,
entona de jilguero y lúgano su canto.
Asediado podría morir de muerte natural.
Pero no. En la metálica torre encaramado,
silbando entre dientes, huele a té de la sierra,
a fruta rastrera, a sucia espuma de copo.

Martinete

Tres sogas blancas sobre la nuca
ahogan la voz ronca del crepúsculo.
Ceniza y humo sujeto a la rama
con ojos de granada madura.
Araña agazapada de cienaga y maleza.
¡ No tocar! ¡ Peligro de muerte!
Señalan los anfibios de papo de farol.
Burbujean los escamados peces.
Es la noche un ir y venir.
Una achaparrada nube con carámbano.
Una charca con la panza abierta.
Se han doblado los carrizos. Me callo.



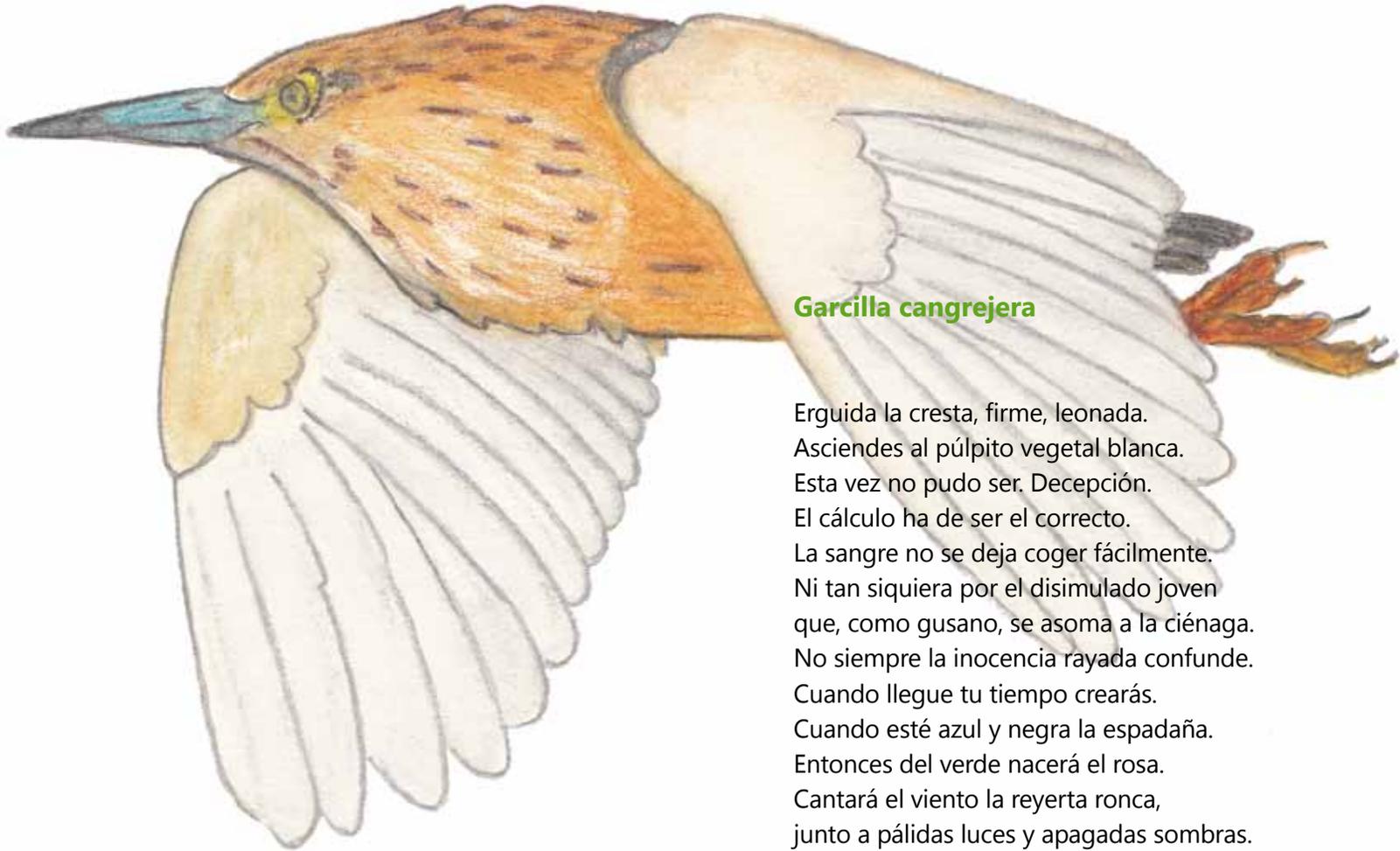


Curruca sarda

A Francisco Tarragona, *In memoriam*

Una vez nos dijeron que las sierras eran grises.
Que en los maquis mediterráneos se hablaba sardo.
Fuimos. Escalamos caliza, sangramos de aulaga.
Rodamos despeñados por terreras de launa.
Bebimos sedientos el rocío de la mañana.
Algunos de nosotros ya han muerto en el intento.
Triste suerte la eficacia del tiempo y su circunstancia.
Que tú guardes la mirada engarzada en rojo.
Que no quieras darnos la sorpresa y prosiga
el dolor.]

Tal vez no busquemos en tu patria; aunque
el fardo de los días te esconda de nosotros.
Te vimos. Pero hay que asegurarse.
Después de tanto esfuerzo, mejor descansar.
Lo haremos por ti, amigo. Por tu curiosidad.
Porque como ella, nos hemos quedado grises.
Quisiera borrar un trozo del tiempo y encontrarte.
Encontrarla en su copa vegetal anidando.
Veros a los dos asombrados y quejarnos.
Quejarnos de no haber sido nosotros, sino tú.
Las ilusiones se quiebran. El tiempo. Las desgracias.
Nos duele el pecho y el alma. Pero...
la encontraremos.]



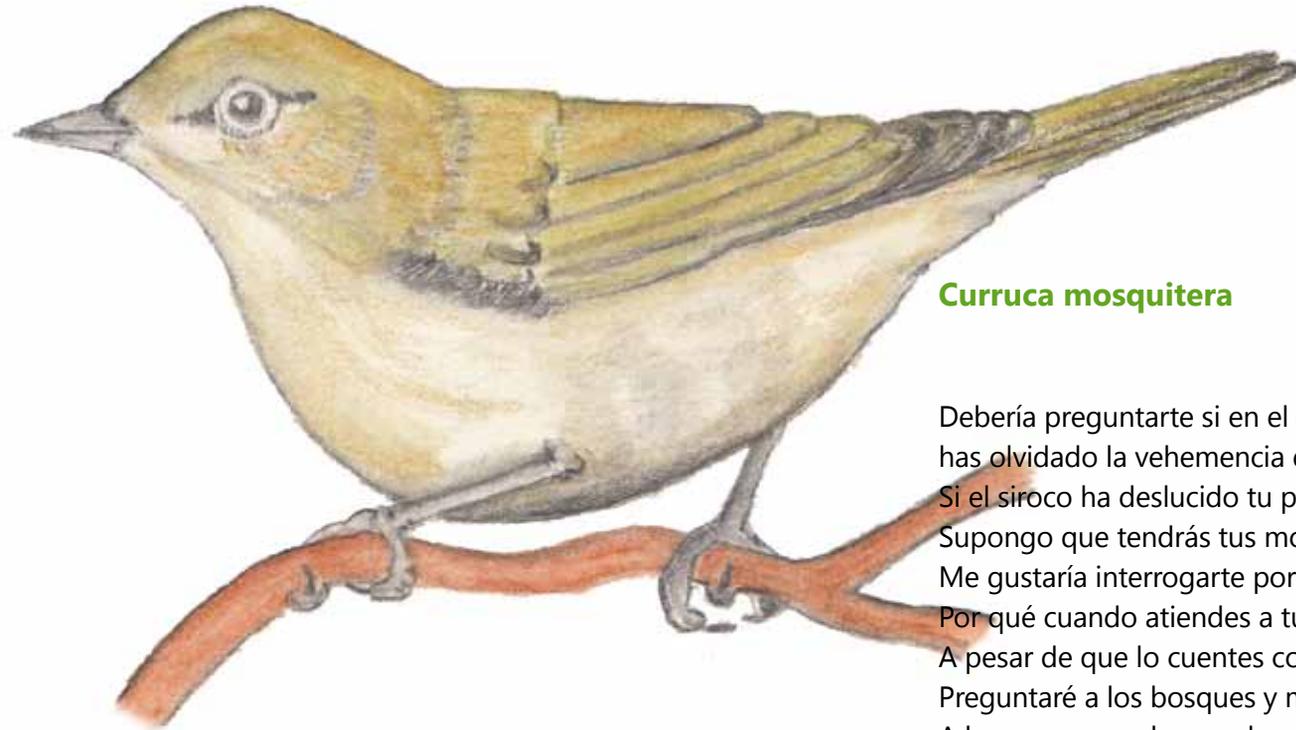
Garcilla cangrejera

Erguida la cresta, firme, leonada.
Asciendes al púpito vegetal blanca.
Esta vez no pudo ser. Decepción.
El cálculo ha de ser el correcto.
La sangre no se deja coger fácilmente.
Ni tan siquiera por el disimulado joven
que, como gusano, se asoma a la ciénaga.
No siempre la inocencia rayada confunde.
Cuando llegue tu tiempo crearás.
Cuando esté azul y negra la espadaña.
Entonces del verde nacerá el rosa.
Cantará el viento la reyerta ronca,
junto a pálidas luces y apagadas sombras.
Vida y orilla. Rama. Comunidad. Alcoba.



Herrerillo capuchino

Se pliega la tarde bajo los pinares.
El ave se hace puente de copas.
Descansan las semillas en abrigos de piña.
Del árbol podrido asoman ojos encintados.
Es hora de ganarse el pan diario.
Para ello se debe ir bien compuesto.
Vestir elegantes crestas blanquecinas.
Adornarse el cuello de astracán.
Ceñirse azules las medias.
La elegancia va reñida con la juventud.
Habrá que tomar lo que se pueda.
Los huracanes derriban demasiados bosques.
Son once los que buscan sustento.
Total, tienes dieciocho largos días
para desabrochar cortezas.
Ellos mantendrán pacientes la ternura.



Curruca mosquitera

Debería preguntarte si en el orden de las cosas
has olvidado la vehemencia del color.
Si el siroco ha deslucido tu plumaje.
Supongo que tendrás tus monótonas razones.
Me gustaría interrogarte por el hondo sigilo.
Por qué cuando atiendes a tus hijos sales.
A pesar de que lo cuentes con borbotos suaves.
Preguntaré a los bosques y matorrales.
A las espesas malezas, a los zarzales.
A los setos crecidos y a los frutales.
Me ocultaré en lo que buscas.
Entre insectos, gusanos y sustancias vegetales.
Llamaré por llamar a ríos y manantiales.
Buscaré sin descanso conocer lo que sabes.
Por laderas ocultas volaré a encontrarte.
Esperaré respuestas por esperarte.



Collalba gris

El observatorio astronómico es ya miope.
Su ojo no brilla durante la noche.
Cíclope vencido en la titanomaquia.
En el Olimpo dejas correr las estrellas.
Huele a reactor de humos paralelos.
Ahora eres refugio de grises y blancos.
Bajo tus pies de roca bulle la collalba.
Ahí cuando se marcha el polvo plateado.
Ondean victoriosas sus blanquecinas barbas.
Donde cuesta respirar el frío norte.
Abrigo de piedra y enebro rastrero.
Ahora salta y corre en la noche deshabitada.
Lujo limpio sobre la sucia metrópolis.

Bisbita campestre



El cielo se había despejado sobre la colina.
Dormitan las montesas sobre cojines de pastor.
La primavera de agua lame el borreguil,
aquel jardín bajito con sombras de chova
donde las estrellas descansan sobre el suelo.
De repente suena una metálica voz repetida.
Un vuelo alto se lanza en paracaídas.
Un chasquido de gorrión. Una lluvia de arena.
Arena grácil y larga como ondulante bandera.
De línea oscura en bridas y bigotera.
Son inútiles todas las palabras.
Nos queda el recurso de andar al amanecer.
De mirar al cielo adormecido y rosa.
Para que los ojos disfruten de la memoria.

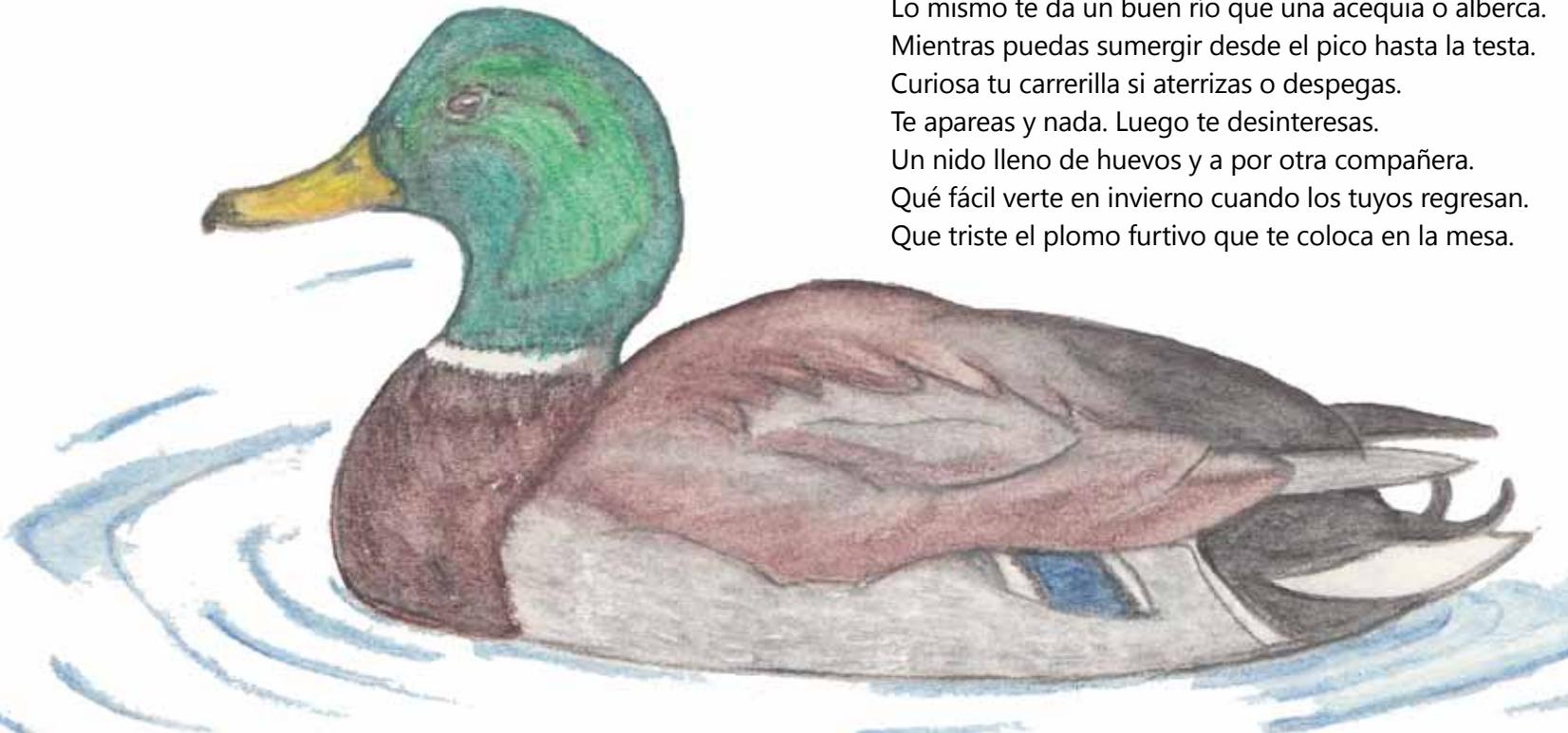
Ánade silbón

Espesa la nieve sobre el rígido bosque.
El Bóreas abrocha con botones de oro al fango.
Los lagos cierran sus puertas de cristal.
No queda remedio. Ni alimento. Ni a dónde ir.
El sol rueda indolente sobre el horizonte.
Es el tiempo de tomar la estrella del sur.
Suenan los pífanos. ¡Anclas fuera!
Barcos de blancas velas con popas negras.
Mascarones naranjas en las rojizas galeras.
Equilibradas naves, ágiles y firmes navegan.



Ánade real

Tengo la sensación de que siempre estás de fiesta.
Con el pecho purpúreo y tu cuello de menta.
Ricillos en la cola, collar y la siesta.
Siesta entre los juncos y entre alas la cabeza.
Disimulas en eclipse como modosita hembra.
Lo mismo te da un buen río que una acequia o alberca.
Mientras puedas sumergir desde el pico hasta la testa.
Curiosa tu carrerilla si aterrizas o despegas.
Te apareas y nada. Luego te desinteresas.
Un nido lleno de huevos y a por otra compañera.
Qué fácil verte en invierno cuando los tuyos regresan.
Que triste el plomo furtivo que te coloca en la mesa.



Cerceta

Como tormenta de piedras y viento.
Cual rayo de reflejo verdinegro.
Voláis erráticas sobre los vientos.
Acelerado y rítmico el aleteo.
Coro cloqueante suave y tierno.
Antifaz de hierba. Vermiculado cuerpo.
Anátida fiel de otoños e inviernos.
Resucitas lagunas , estuarios abiertos.
No hay piedad. Cuantos millares
cayeron por nada, por goce,
por bípedos amargos y ciegos.
Sobre marismas y campos costeros.
Cuantas esperanzas yertas.
Cuantos habéis llorado, conscientes
sobre el agua vuestros muertos.

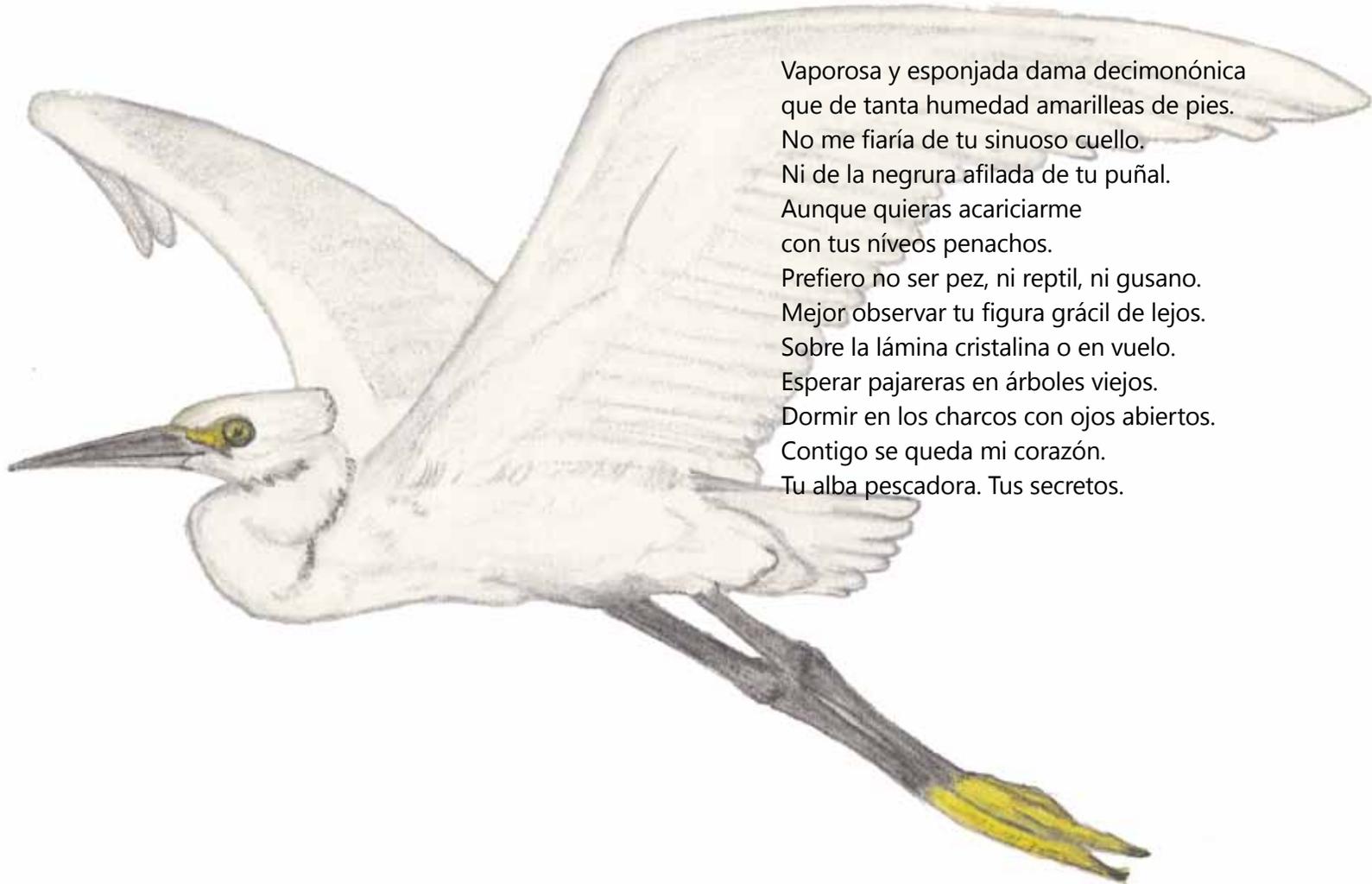




Gavilán común

Un niño lleva dos luces amarillas sobre el brazo.
El cielo está gris y la hierba a franjas rojizas.
Parece un joven medieval sobre el caballo.
Tal vez lo sea. Los adultos usan azores,
los aristócratas portan halcones peregrinos.
El bosque se ha cerrado de silencio y frío.
No existe el canto cuando la eficacia vigila.
Los pájaros se muerden las uñas y la esperanza.
El temido se redondea las alas y las recorta.
Hay presencias que retraen al más valiente
guerrero.]
Lamento y me pregunto armado de pluma:
¿Qué estará haciendo la doble y nebulosa
compañera?]
Puede que criara a sus hijos. Triste destino.
No se deben regalar a los niños dos alas rápidas.

Garceta común



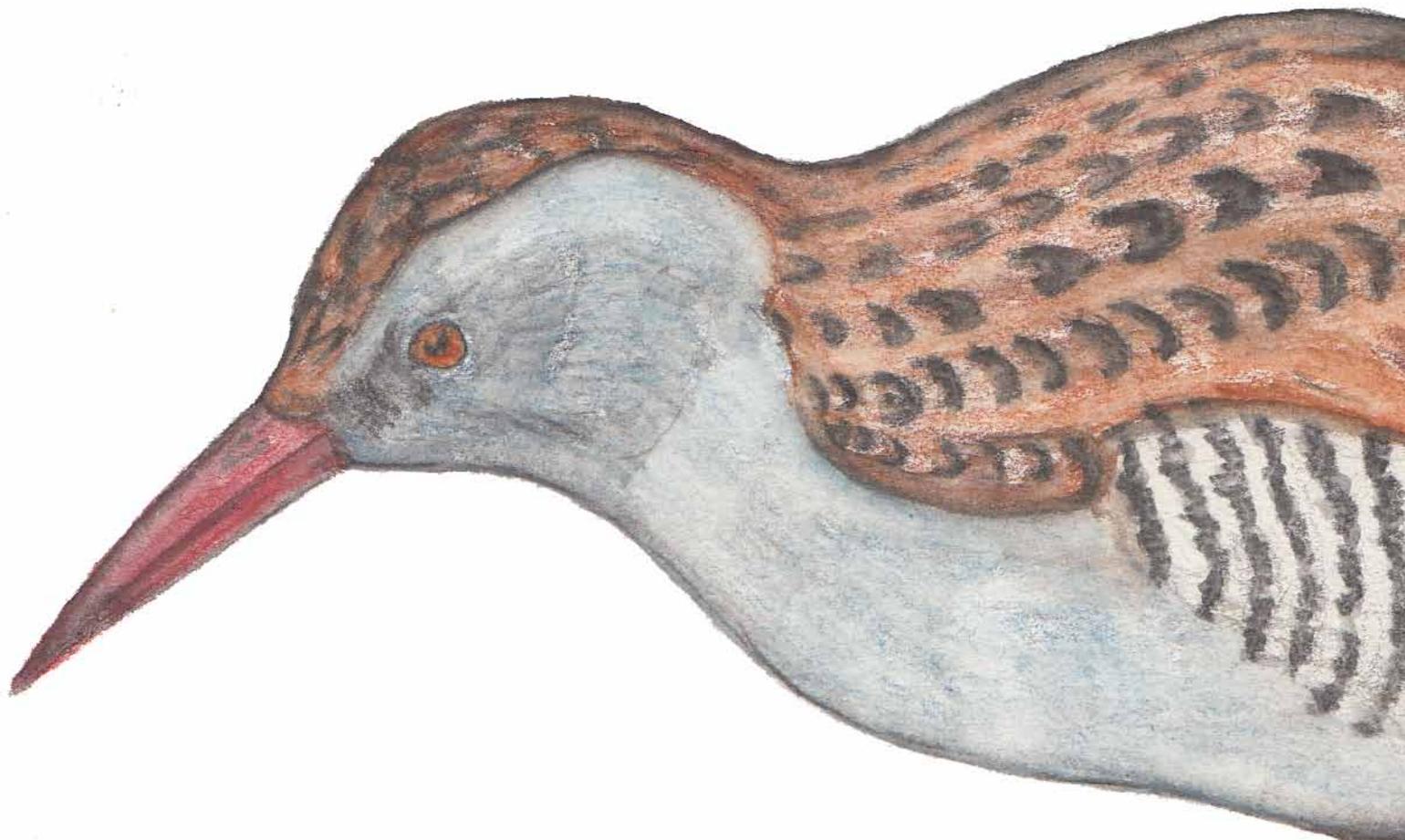
Vaporosa y esponjada dama decimonónica
que de tanta humedad amarilleas de pies.
No me fiaría de tu sinuoso cuello.
Ni de la negrura afilada de tu puñal.
Aunque quisieras acariciarme
con tus níveos penachos.
Prefiero no ser pez, ni reptil, ni gusano.
Mejor observar tu figura grácil de lejos.
Sobre la lámina cristalina o en vuelo.
Esperar pajareras en árboles viejos.
Dormir en los charcos con ojos abiertos.
Contigo se queda mi corazón.
Tu alba pescadora. Tus secretos.

Zarcero común

No te erices zarcero. No pasa nada.
Nadie ha encontrado tu nido.
Los sotos siempre son buen refugio.
Siempre has vuelto al mismo lugar.
Al mismo matorral con tus padres e hijos.
Cubierto de campo verde y pétalo amarillo.
Miraires, compilador de sonidos.
Nadie doblega tu canto, ni tu dominio.
Absorviendo sombras cercano a los ríos.
Tienes para ti el cable, el olivo.
El posadero alto, vigoroso y vivo.
Pero, sorpresa, si muriera el padre,
siempre te quedará un hijo.











El tercer bestiario poético de aves
de la Península Ibérica

Vuelo Coronado

Se terminó de escribir el 19 de marzo de 2013
y fue impreso en marzo de 2015 en los talleres
gráficos de Imprenta Comercial (Motril)





